

Los Dres. José María Alvarado y Luis Hurtado Gómez

El Dr. ALFONSO GAMARRA DURANA presentó el siguiente panegírico en honor de esos dos notables escritores médicos en el VIII Congreso de Historia de la Medicina, efectuado en Oruro (nov. 2004).



LUIS HURTADO GÓMEZ

Recientemente fallecido (2004). Médico pediatra. Catedrático de la UMSA. Realizó postgrados en París y México. Fue durante muchas gestiones Presidente de la Sociedad Boliviana de Pediatría. Cofundador de la Academia Boliviana de Medicina y del Comité Nacional de Bioética. Miembro de la Sociedad Boliviana de Historia de la Medicina. Autor de «Diálogos de Pediatría» y «Algunos condicionamientos del niño campesino del altiplano boliviano». Ex director de la Revista Boliviana de Pediatría y de Archivos de Historia de la Medicina.

Los políticos desquician siempre los planes de salud porque ponen precipicios al lado de los caminos bien fundados. El vacío no tiene base, y ambos sabían que el trabajo fabrica superficies.

No eran de aire sus ideales. Se alzaban como faros que no evitan el esquife, sino que iluminaban el lugar donde muere el silencio y se alzan los signos profetas adquiridos en lejanos horizontes. Eran, en la Universidad Mayor de San Andrés, el relámpago que sale de la luz para abrir el vértigo interno que marea primero, más luego dan el marco de firmamento a la idea benefactora de la salud humana, y que poblará de bienestar los sueños.

Destinados a vivir en la tierra deben dar bálsamo a la lágrima que cae en las heridas, al sollozo entrecortado que precede a los síncope, a los tumores enajenados que no se extirpan.

Ese mundo anda sonámbulo, pero ellos tenían una guía de astros, como hay religiones que hacen comulgar vocablos con el fuego que llega en ceremonia por las neuronas a convertirse en cascada interior del pensamiento.

No emplearon en La Paz otro lenguaje que el que enseña, y no otra doctrina que la que agita banderas en la nobleza intencional.

Su talismán mágico fue su verbo que cundía sonoramente en el entendimiento cuando usaron el aula como fondo de sí mismos y como puerto de partida en la visión asombrada de sus alumnos. Tenían la exaltación que abre el ansia de saber y de

aplicar los conocimientos al mismo tiempo, pues el discípulo, que aprende la experiencia de los maestros, hace germinar el presagio y vuelve realidad el temple místico de la solidaridad.

Alvarado se ocupaba de la mente que pierde su presente, y hay que encontrarla desgarrando el pasado, abriendo senderos en los recuerdos para hallar el momento de la despersonalización. Del alma que se entalla al lado de las alucinaciones, porque el pensamiento desteje lo que tiene orientación en las neuronas. El hombre tiene ciclos agonizantes o explosivos que al sustraerse de la conducta, aflige como el vacío cuando descubre que es arcano, y enjaula las ideas para que se enrosquen en desatinos. Otras veces, se busca al caminante que tropieza a nuestro lado y nos satura con una mirada de vitriolo, o se hace roca para ponerse frente al zapato. No queda sino fabular para vaciar la tensión perenne que se adueña de los ámbitos concienenciales. Aquel es el ego del otro pero es la palpitación incorporada en nosotros. Si los cropúsculos llegan como amnesia o es una aurora monstruosamente brillante que nos explica que somos los únicos del mundo paranoico, se puede sanar si destilamos olas con magníficas palabras, con un hablar de no acabar sino en el vértigo.

El Dr. Alvarado sabía aleccionar en estos temas a sus discípulos, los descubría con su semiología acerada, incidía severamente en el diagnóstico y por eso, trataba esas enfermedades.

Para el Dr. Hurtado, no se podía perder la esperanza en los niveles, ni el tiempo en las distancias. Conceptuaba la vida como una ganancia en celeridad, hacer de cada minuto un empeño y de cada segundo un hábito de esfuerzo, porque sentía que la medicina no tiene fracciones señaladas, tiene sólo un común denominador: entender el funcionamiento del cuerpo humano, superar las adivinanzas que éste nos presenta y ser un augur de las líneas de desplazamiento de su futuro. Él no podía detenerse en el ocio ambiguo de quedarse por no tener la playa presentida.

Y como si no fuera el cuerpo suficiente enigma, llegan las enfermedades para tenerlo en procesión interna de complejos. Sus métodos de exámenes en los

niños eran migraciones de sus ideas, introducidas con la tensión de sus diagnósticos. Los miles y miles de niños curados por él instalaron la perspectiva infinita de reverenciar al pediatra. Idea aprendida, nosología ganada, terapia empleada, tenía que saltar, salpicada de comentarios gananciosos al discípulo que debía entender que no hay tiempo para perder porque el morbo corre si no hay protección; y si no se aprende los conceptos del maestro, lo ganado se extravía. La moderación, como signo de ignorancia, enlentece los productos, y es para el tóculo del olvido lo que Hurtado enseñó sin fatiga en el aula, en las salas hospitalarias y en los cubículos de disertación.

Y es verdad que no hay tiempo que perder. Ambos médicos parecían ser artifices de un mecanismo vital repetible, porque vivieron muchas vidas, unas a continuación de otras, pues no se cortaron sus empresas intelectuales, no se retardaron ni siquiera por inclinarse a la filosofía o a la historia, manejadas ambas en el ara de la Medicina, y por eso vivieron vidas largas, productivas, como Sumos Sacerdotes que repiten versículos hipocráticos, se cubren del mandil blanco, que es la toga de los privilegiados, mientras alzan hacia el firmamento la placa luminosa de sus estadísticas, benéficas en los seres, contra las enfermedades y descubren el cáliz del que ha de robalsar nada más que el amor inmaculado hacia el prójimo.

Tañen las campanas porque José María Alvarado y Luis Hurtado se han marchado. Se han ido presurosos porque descubrieron que, en Medicina, en el otro orbe hay mucho más que hacer.

Alfonso Gamarra Durana. Oruro.
Académico de la Lengua